

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

ROBTE PAGO

U. Telefónica J. 478 — B. Orden

Redacción y Administr.: PERU 1537

Valores y giro: A. Barrera

## PROPAGANDA DE REFLEJO

De cuando en cuando llega a nosotros esta advertencia: Es necesario intensificar la propaganda en el exterior, ampliar el campo de la difusión doctrinaria fuera de los límites fronterizos del país, ganar para nuestra interpretación del anarquismo a los compañeros más activos y capaces de Europa y América.

Parécenos, al recibir tan frecuentes como clamorosos llamados de compañeros que se esfuerzan en hacer conocer fuera de la Argentina la modalidad de nuestro movimiento, que LA PROTESTA no se preocupa más que de cosas de aquí. Pero no se trata de eso. ¿Acaso se nos puede tachar de indiferencia en lo que respecta al movimiento obrero y a la propaganda y acción anarquistas del exterior? Nuestra mayor preocupación consistió siempre en reseñar los hechos más importantes que se desarrollan en el mundo del trabajo, y en haber está en la propaganda de todos los días desde las columnas del diario y del SUPLEMENTO.

No poseemos, en cambio, la habilidad de la reclame. Enemigos de la bambolla revolucionaria, no recurrimos al "bluffismo" para dar en el exterior la impresión de que somos los únicos gestores de la revolución argentina... Y es la misma seriedad de nuestra propaganda, la que le impide abrirse cauces en ciertos ambientes invadidos por el tropicalismo subversivo.

Las fuentes de divulgación de nuestra propaganda — de la modalidad del movimiento obrero que encarna la F. O. R. A. — están en LA PROTESTA y en el SUPLEMENTO semanal. Y ese material de propaganda, por lo mismo que exige muchos sacrificios y sólo puede multiplicarse con la cooperación de los anarquistas, no podemos desparramarlo sin ton ni son en ambientes adversos. De ahí que no hayamos intentado, como lo hacen los grupos cismáticos sostenidos con la contribución extraña y alimentados por los enemigos de nuestras ideas, invadir a Europa y América con periódicos y manifiestos en cargados de sostener un "bluff" revolucionario.

Tampoco tenemos la costumbre de escribir cartas adulanas para conquistar el apoyo de compañeros ajenos a nuestras cosas. Reprobamos ese procedimiento, porque no sólo implica clandestinidad en cuestiones que deben ser públicas, sino que también entraña un fin conspirador que se dirige generalmente contra la verdadera propaganda anarquista.

A pesar de ser LA PROTESTA el periódico más viejo y conocido para el proletariado de la Argentina, no es la publicación anarquista que más se conoce en el exterior. Periódicos de reciente creación, sin arraigo en nuestro movimiento, que no leen los anarquistas de este país, han logrado divulgarse en el ambiente obrero de Europa y de América. ¿Es que se preocupan con mayor interés

por las cuestiones del exterior? Ofrecen un exponente más claro de las características del marxismo regional, y por ello interesan a los anarquistas que se preocupan de estudiar el movimiento revolucionario internacional? Nada de eso. El secreto de su divulgación hay que buscarlo en el sistema de propaganda que emplean esos grupos minúsculos: en el "bluff" y la reclame

que hacen de sus pretendidas virtudes revolucionarias.

El "alismo", por ejemplo, no existe como tendencia capaz de perfilar un movimiento propio. La A. L. A. es una agrupación ligada a sus componentes — media docena en total — que nada influye en la orientación del proletariado, ni mucho menos con la propaganda anarquista. Pero la campaña de ataques, hasta ayer al servicio de Moscú, contra ciertos periódicos — "El Libertario" — que se llama legado de una nueva tendencia anarquista. Como esa publicación no depende del apoyo de los anarquistas de este país, buscó en el exterior un fértil campo de expansión.

Todo movimiento artificioso procura apoyarse en ficciones. El "alismo" intentó alimentarse con el reflejo de acontecimientos ajenos a nuestras luchas — con el "bluff" bolchevique principalmente — disfrazando sus verdaderos propósitos para poder pasar desapercibido en los medios anarquistas de Europa y América. Y solo mediante una intensa propaganda confusionista, recurriendo a la calumnia epistolar, a la mentira y a la insidia desparramadas en centenares de manifiestos y periódicos, pudo la A. L. A. entrar por sorpresa en el terreno vedado a todos los piratas del ideal.

A costa de no pocos esfuerzos hemos logrado desmascarar a los gestores del "alismo" y poner en claro todas sus maniobras confusionistas. Nadie ignora ya, en Europa y América, la condición moral de la "maffia" que se refugia en la A. L. A. y el miserable papel que representa "El Libertario". Las mafias de los polizontes García Thomas, Ferrer, González, Alba y demás personajes de avería, se desahucen con solo analizar sus teorías dictatoriales y su grosero oportunismo.

Pero el cisma no terminó con la calificación internacional del "alismo". Invocando otros motivos de orden teórico, pero recurriendo a los mismos procedimientos, aparecieron en escena los promotores de la nueva escisión anarquista. Se trata de viejos y enconados personalistas, de hombres que se creyeron siempre el centro de gravedad de la propaganda anarquista y no se conforman con su papel de secundarios.

La derivación del "alismo" — titulado "Luchas contra la F. O. R. A. y LA PROTESTA" — la encontramos en la tendencia pseudo individualista de "La Antorcha". La lucha de ese grupo contra el grupo del anarquismo, no es de hoy. Hace ya dos años, en un curioso informe remitido a Europa y que publicó "Humanidad Nova" de Roma,

## VANO EMPENO



Mussolini quiere concluir con las ideas aplicando el manganillo.

se sostiene que "La Antorcha" era el órgano máximo del anarquismo de la Argentina. Y como el informe pertenecía al mismo grupo "La Antorcha", el diario anarquista de Italia calificó de parcial el informe, ya que en él se desechaba internacionalmente la importancia y hasta casi la existencia de LA PROTESTA y de la F. O. E. A.

El "antorchismo" maniobra hoy para conquistarse un puesto en la opinión internacional, ya que no puede conseguir sus propósitos de hegemonía en el movimiento obrero y anarquista de este país. Y emplean los mismos recursos de los personajes de la A. L. A.: el "bluff" revolucionario para dar una impresión de fuerza en el exterior, las mentiras y calumnias epistolares, la invasión del ambiente obrero de Europa y América con sus periódicos insidiosos.

"La Antorcha" vive de una propaganda de reflejo. Se proyecta fuera del que sería su centro de influencia, por lo que no es extraño que sea más conocida en el exterior que lo que en realidad lo es en la Argentina.

Esos movimientos de reflejo, sin apoyo en la opinión anarquista de este país, están llamados a desaparecer tragados por el vacío... El "alismo" no interpretó un movimiento real en nuestro proletariado, ni tomó por base una positiva renovación de las ideas anarquistas. De ahí su fracaso como tendencia nueva.

Si el "antorchismo" no crea algo nuevo, o no define cuando menos su posición doctrinaria en nuestro movimiento, no seguirá el mismo camino.

La propaganda de "bluff" no da más que resultados pasajeros. Lo que prevalece es lo que lleva impreso el sello de la seriedad y de la consecuencia. Por eso no nos alarma la ignorancia de muchos compañeros, en Europa y América, respecto al movimiento anarquista de la Argentina y al papel histórico que representa LA PROTESTA para el anarquismo mundial.

## La idea anarquista: su pasado, su porvenir

II

Pienso que se puede asegurar sin ser injusto que todo lo que por decirlo así despertó la revolución francesa en sentimientos e ideas libres, fué pronto sacrificado ante el altar del Estado, de la república que se creía el polo opuesto de la monarquía pódrida, una diosa pura y virtuosa; la fuente del bienestar de todos. En cuanto a los movimientos del pueblo, los nuevos burgueses olfateaban muy bien su carácter inevitable de reivindicaciones y de continuaciones sociales, destructor del antiguo régimen y del burguesismo naciente: fueron aplastados, desviados, dominados y el pueblo fué llevado a la esperanza de que la república, la comuna, es decir los diputados, los comités, los comités obreros por el P. Kropotkin, cuya mirada fué agudizada por la observación de la revolución rusa que se acercaba, no examinó con más atención que nadie los instintos, la voluntad y la acción de los campesinos franceses y de los obreros de las ciudades, pero creo que hasta su relato — la revolución tal como fué reconstruida por él de acuerdo a esos estudios — deja la impresión que el pueblo fué muy a menudo utilizado, engañado y hecho víctima por los jefes políticos y económicos de los nuevos burgueses, los cuales para la represión del "enemigo en el interior" (que para ellos era tanto la reacción realista como las aspiraciones del pueblo), contra los ejércitos blancos invasores, pero bien pronto también por una expansión nacional, aprovechable económicamente, se atuvieron a todo precio a la autoridad, sufrieron y sostuvieron los comités dictadores, luego la dictadura militar que encontró una encarnación tan perfectamente siniestra en Bonaparte. Este tuvo por una quinceañada años casi todo el continente europeo a sus pies, una presa del militarismo triunfante y de las codicias y de los sueños burgueses de un paraíso para los ricos y los poderosos.

Los últimos "montagnards" se sacrificaban en Pradial en el año III (1795), en Roma y en otros lugares; — los últimos conspiraban con Babeuf, formando el ala política de su organización y si hubiesen triunfado habrían reiniciado la dictadura y Babeuf y los socialistas hubieran sido sacrificados. Lo que sobrevivió de hombres honestos fué desde entonces reducido a la vida subterránea de las sociedades secretas y los comités sin éxito. Más tarde, después de la caída de Napoleón, esos hombres entraron en relación con la juventud de las escuelas y con las nuevas generaciones en general, que ante todo detestaban a los Borbones restauradores en 1814; esa fué la época del carbonarismo y de las conspiraciones generosas, del martirio del general Berton, de los argonautas de La Rochela y de muchos otros. Pero cuando al fin esos esfuerzos triunfaron por la feliz insurrección de junio de 1830, no fué la república la que sucedió a los Borbones expulsados, sino el régimen burgués por excelencia, la monarquía de los Orleans de Luis Felipe (1830 hasta febrero de 1848).

Durante todos esos años el pueblo quedó impotente, simple carne de cañón consumida por las guerras sin fin del imperio, mientras los campesinos disfrutaban del fin del antiguo régimen, aceptando el imperio como una protección contra una reacción completa y cruel, y todos los demás hicieron lo mismo, a excepción de algunos intelectuales muy moderados y por lo demás alejados de la vida real, los llamados "ideólogos". todo el mundo en Francia se contentó con vivir en el país de los fuertes, al cual los ejércitos siempre victoriosos y la mano de hierro del emperador daban el continente entero por campo de acción, de beneficio y de placer. No es por tanto en tales condiciones como podían formarse las ideas libertarias.

Peró aún había otros mundos suyos en la Europa de Napoleón I. Existía una inmensa Rusia que no pensaba en obediencia ante Napoleón y que maduraba su ri-

na y que en efecto se convirtió, lentamente, pero con seguridad, en el agente principal de ella. Existían además los países conquistados o reducidos a la impotencia. El porvenir se dibujaba triste para ellos, su mirada se dirigía, pues, hacia el pasado y se creó la primera forma, completamente idealista, del nacionalismo, — tanto en Alemania como en Italia y en otras partes; el período que se llama romántico de la filosofía, de la literatura y del arte, de las concepciones políticas y económicas (necesariamente retrógradas, pues) fué su resultado y su expresión muy material fué el deseo de formar Estados nacionales unidos, unidades económicas y políticas. La indiferencia nacional, el cosmopolitismo del siglo XVIII, fueron entonces radicalmente destruidos. Esa ruptura de la solidaridad humana, que habían preparado los grandes descubrimientos de la ciencia y el progreso económico, continuó desde esa época; el siglo XIX tuvo, todavía el buen sentido de resistir al mal sin llegar a vencerlo — el siglo XX ha comenzado por la catástrofe mundial y no tiene aun idea alguna de cómo terminará.

Para todos esos países también, la libertad no fué más que un sueño y las ideas libertarias no hallaron en ellos entonces ningún florecimiento tangible.

Otro mundo aún fué el de la Gran Bretaña y su gran esfera, y ese mundo permanecía fuera de las garras de Napoleón. En él las perfecciones mecánicas de la industria, las invenciones de Hargreaves, Watt, Arkwright y de otros muchos, habían creado una superioridad en la producción industrial intensificada por la guerra de veinte años contra Francia hasta convertirse en un monopolio industrial y comercial. También se desarrollaron poderosamente desde el advenimiento de la burguesía en 1688 hasta la derrota definitiva de la monarquía de los Stuart, la crítica y el radicalismo en filosofía y en política. En tanto que en el continente se admiró y se preconizó frente al absolutismo el sistema representativo inglés, en Inglaterra mismo se vio ese parlamentarismo en la obra y la crítica avanzada puso al desnudo sus vicios y sus abusos. Se escribieron pocas utopías sociales en Inglaterra en el siglo XVIII — las *Mémoires de Goussenois de Lucca*, 1737, por el sacerdote católico Simón Berington son una de ellas — pero se hicieron proposiciones económicas muy serias, como las de John Bellers (1695), Robert Wallace (1761), William Ogilvie, y más tarde Tomás Spence (1750-1834), el primer socialista que hizo realmente una vasta propaganda popular. La idea de comunidades sobre una base de justicia en el trabajo (John Bellers llama a la suya: colegio industrial; Robert Owen, viendo en él un precursor, hizo imprimir el libro olvidado de Bellers) y la de reformas agrarias que llegaban hasta la nacionalización del suelo, son características de esa evolución del pensamiento social. Se desarrolló un radicalismo político concerniente a la libertad personal y un materialismo filosófico muy consecuente (Eric Priestley, etc.) y las antiguas tradiciones anteriores al feudalismo y las de la resistencia contra la realza del período del siglo de Cromwell, el espectáculo de la lucha americana por la independencia y los primeros años de la revolución francesa que destruyeron el antiguo régimen: todo eso creó en muchos hombres del pueblo, en los artesanos de las ciudades sobre todo, y en los espíritus independientes de todo el país y de Escocia una mentalidad de resistencia anticentral, preocupaciones por la autonomía local y por la libertad personal, cosmopolitismo y libre pensamiento o al menos pensamiento religioso independiente de las religiones convencionales.

Hubo un hombre de carácter muy versátil, o mejor dicho sin carácter, como el irlandés Edmund Burke, ha escrito al principio de su carrera en su famosa *Reivindicación de la Sociedad natural* (1756) — libro que se reimprime aún hoy mismo y que ha llevado en todos los tiem-

pos a sus lectores a profundizar las cuestiones planteadas en él:

"La división de la sociedad, más evidente en Europa entre ricos y pobres, y no es menos evidente que el número de los primeros está en gran desproporción con el número de los últimos. Toda la ocupación de los pobres consiste en servir la eclesiasticidad, las locuras y al lujo de los ricos, y la ocupación de los ricos, al contrario, es la de hallar los mejores métodos para confirmar la esclavitud y hacer aumentar las cargas que pesan sobre los pobres. En un estado natural la ley invariable es la que hace que lo que el hombre adquiere esté en proporción con su trabajo. En un estado de sociedad artificial una ley igualmente constante e invariable es que los que más trabajan gozan de la más pequeña cantidad de cosas y que los que no trabajan en absoluto tienen el mayor número de disfrutes".

"Las diferentes especies de gobierno, rivalizan entre sí en cuanto a la absurdidad de sus constituciones y de las opresiones que hacen soportar a sus súbditos. Suponedles bajo no importa qué forma, en realidad no son más que despotismos. Porque los gobiernos libres... han cometido actos de tiranía más flagrantemente que los gobiernos más despoticos que se conocen"... En una palabra, este autor había comprendido perfectamente el vicio inherente a todo gobierno, cualquiera que fuese la forma.

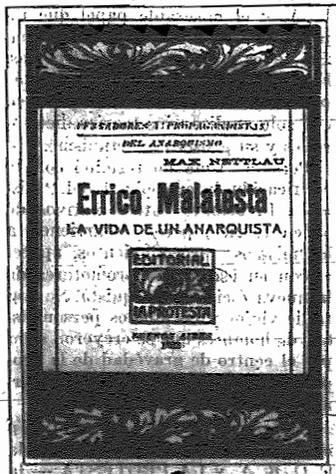
Sin embargo, esta crítica incluyó fué rara, y se aplicaba más bien a querer reformar, mejorar lo que existía; no hubo ninguna síntesis de las ideas antiestatistas y sociales antes del libro de Godwin en 1793. La formación de las repúblicas americana y francesa hicieron creer a hombres como Tomás Paine y muchos otros en la potencia creadora de la democracia, hombres justos y bien intencionados. Bien pronto las persecuciones crueles contra los simpatizantes más activos de la revolución francesa, esa larga serie de procesos y con frecuencia de penas terribles, desde el proceso de la "Sociedad de correspondencia", en que todos fueron absueltos, al martirio de Arthur Thistlewood y de sus camaradas casi treinta años más tarde (1820), en que se ahorcó y cortó la cabeza a los suplicados, absteniéndose apenas de descuartizarlos, estas persecuciones imponían una solidaridad moral e intelectual con la revolución, aunque fuese autoritaria, e impedían la crítica a esa democracia estatal — porque la peor de las dictaduras, Robespierre o Bonaparte, parecía preferible aun a los que estuvieron lejos de ellas: al régimen cínico de la aristocracia oligárquica de los Pitt y de los Castlereagh. Resultó que el efecto del gran libro anarquista de Godwin, que se rebelaba contra todas las tiranías, la de Inglaterra como la de Francia, no fué tan grande como hubiese podido ser, — puesto que los elementos militantes fueron desviados y extraviados en gran parte por el triunfo aparente de la democracia autoritaria en Francia (un fenómeno idéntico a la fascinación de elementos semejantes por el bolchevismo ruso — lejos de ellos — en nuestros días, — hipnosis que felizmente parece ir en decrecimiento).

Observemos aun otro mundo de esa época que, lejos de la Europa desgarrada, se desarrollaba libremente, disfrutando de la democracia perfecta y de la riqueza crecientes — los Estados Unidos de América del Norte.

Sin embargo, en las decenas de años que siguieron a la conquista de la independencia, hubo muchas ilusiones perdidas y luchas ásperas, centralizadores y federalistas, y también acomodados y empobrecidos. Quedaron todavía hombres honestos como Tomás Jefferson, que escribió en ocasión de una de esas revueltas locales:

"Que Dios impida que permanezcamos jamás veinte años sin una rebelión semejante! Qué país puede conservar sus libertades, si sus jefes no son advertidos de tanto en tanto que el pueblo conserva su espíritu de resistencia? Que tomen las armas. Qué importa la pérdida de algunas vidas? El árbol de la libertad debe ser regado con tanto en tanto por el sangre de los patriotas y de los tiranos: ese es su abono natural".

En esa época, en las ciudades del este



Un tomo en 32, casillo número 1.20  
 Edición especial, papel pluma... 2.00  
 Encuadernado en tela... 3.50  
 Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —  
 PERU 1537 — Buenos Aires.

se desarrollaban ideas sociales y organizaciones obreras, pero los espíritus más independientes, aventureros y robustos tenían siempre el recurso de dejar las ciudades y de ir hacia el gran oeste aún despoblado (es decir, errando gradualmente a los indios por los médios menos escrupulosos); allí se tenían a disposición riquezas naturales con el solo trabajo de tomarlas, existía un mínimo de interferencia gubernamental y un máximo de autonomía local; se establecía uno allí por familias, grupos o comunidades, absorbido por el trabajo de desmontar el nuevo país y lejos de las luchas políticas y sociales de los distritos congestionados del este, del esclavismo, del sur y de la Europa que continuaba desgarrándose. Se practicaba, pues, la libertad, sin profundizarla de otro modo, lo que permitió al capitalismo y al Estado volverla a suplir poco a poco en el siglo siguiente.

Hubo un pequeño número de utopistas allí. En 1802 fué publicado en Philadelphia *Equality* a *History of Lithuania* (país imaginario), por el irlandés O'Drescol, que redactaba el *Tempo de la Razón*, periódico deista. En 1837, Lithuania fué reimpressa y he leído en otro tiempo los largos extractos dados por el *New Moral World*, la revista principal de los owenistas en Inglaterra, pero no podría decir ahora si esa utopía es de las menos autoritarias, como me había hecho presumir una nota del *Tenthenth Century* de New York, 24 de octubre de 1889. — Conozco mejor otro libro de los más utópicos, aunque sin el cuadro exterior de una utopía: es *Paradise within the reach of All*, por J. A. Etzler (Pittsburg, de 1830-40); es un ditirambo sobre la felicidad que las máquinas, descentralizadas y accesibles a todos en la forma más individualizada, aplicadas al suelo no desmontable y al subsuelo rico e intacto aún del nuevo continente, difundirían en profusión sobre todos, produciendo una riqueza de la cual surgiría por sí el comunismo. Tal es al menos mi impresión de ese libro notable que muestra lo que la región industrial de América habría podido ser, si se hubiese pensado en la dicha general, — triste contraste con las ciudades de fábricas gigantescas y de vaquillas para obreros agotados que la región presenta hoy, casi un siglo después del sueño de Etzler.

No hubo anarquistas americanos antes de Josiah Warren (1827), pero se comprende que en las condiciones de entonces, el anarquismo iba a adquirir una forma individualista en América.

De esta revista rápida de las grandes esteras de la civilización de hace un siglo y un poco más, me parece resultar que el anarquismo tenía la más grande probabilidad de ser expresado en forma concreta en Inglaterra. La mentalidad francesa, antes de que Proudhon a partir de 1840 desbrozara algunos cráneos, fué mantenida bajo la presión autoritaria de la revolución y del imperio. Hasta los sueños utópicos asumen una forma estrecha, estatal y burguesa. El economista burgués, J. B. Say fué el autor de *Objet. J. de Sales* el de *Ma République*. Una utopía con buenas intenciones sociales, *La Philosophie du Ravareshon* (es decir — esto es un anagrama — de la verdadera dicha) por dos autores que quedaron anónimos entonces (Yanez y Sponville), 1808 (reimpresa en 1881) elabora un cesarismo completo, o se transforma a Napoleón en reformador social y hasta en socialista, lo que no impidió que el libro fuese suprimido por la censura y casi totalmente destruido. Otro utopista de esa época imperialista, un aristócrata agricultor, escribió sobre todo de los merinos en un libro introducción en Francia, concebido como de una reforma de los hombres lo mismo que se mejoran las razas animales domesticadas, pero limitó su libro a *Le bon sens de la Nation comme principe d'Etat* (Paris, 1808, VIII 544 págs., 25 o 50 ejemplares de tiraje, según los bibliógrafos, y no apareció más que en un primer volumen; el azar me hizo encontrar hermosos ejemplares de esos dos libros rarísimos. Fourier también se dirigió primero al gobierno. *Le libre de Fourier en Grand Jura*, 4 tomos en el XII; publicada en 1874 editada y no hubiera deseado nada mejor que atraer la atención de Napoleón. La *teoría*

de Cabet (impresa en 1838, publicada en enero de 1849) es un reflejo involuntario, pero al cual el autor, como autoritario, no podía escapar, de la Francia centralizada, ultraautoritaria del primer imperio.

En general, los dos grandes socialistas franceses de esa época — Saint Simon, que publicó después de 1802, Fourier, que publicó después de 1808 sus ideas nuevas — así como Robert Owen (desde 1812) — reflejan, lo mismo que todos los demás fundadores de escuelas socialistas lo han hecho y no podían menos de hacerlo — en sus sistemas, ante todo su propia vida, sus simpatías y antipatías en su expansión consecuente y lejana. Saint Simon daba curso libre a sus concepciones vastas del desenvolvimiento industrial, de la paz y del trabajo bajo la dirección de los pensadores más sabios e inteligentes que establecerían una dictadura espiritual sobre el pueblo. Fourier, que había conocido tan bien los detalles del comercio, grande y pequeño, basado con mucha frecuencia en la decepción y la adulteración y que a causa de la concurrencia llevaba a una lucha estéril, a un derroche absurdo — Fourier desearía, pues, un sistema económico propio y práctico, sin engranajes inútiles y con un mínimo de falsos gastos, lo que le llevó a profundizar el valor de la atracción, de la elección libre y sincera, de la libertad que es más productiva que el trabajo forzado. Robert Owen, como se sabe, después de doce años de experiencia en New Lanark (Escocia) como patrón de una gran fábrica, observó la influencia degradante o saludable de un ambiente y un tratamiento rutinario o benevolente en la casi totalidad de los obreros que empleaba; concluyó que el hombre era el producto de su ambiente y que se mejoraría con ese ambiente; entregó luego su larga vida, hasta 1858, a la provocación de tales cambios que producirían una humanidad sana y feliz.

En las ideas de Fourier y de Owen hay una extraña mezcla de ideas libertarias y autoritarias y se preocuparon poco de la clasificación que se les daría. Sin embargo, lo que en ellos mismos fué un producto natural, no fué más que una limitación o creencia ciega en sus adherentes que les seguían a la letra y se convertían por eso en estrechos sectarios. Los errores que se constata en un sistema se explican muy a menudo por el carácter rígido que la tradición, el dogma, el estrecho han dado a ese sistema. Por consiguiente, se se consideran las ideas generales de esos dos hombres según un principio vivo y modificable según las condiciones de su aplicación y si se les libra de todo lo que la fuerte personalidad de esos hombres ha impreso necesariamente de individual y de pasajero en sus sistemas, sólo entonces se reconocerá en qué grado han aspirado a la libertad que es lo único que es un factor activo, creador, mientras que la autoridad, aun para los que creen en ella, no es más que un *pis-aller*, una necesidad, un medio, estéril y estacionario, nunca progresivo.

Algunos fourieristas — había entre ellos muchos médicos, naturalistas, ingenieros también que eran observadores y estaban familiarizados con la evolución — han profundizado esas ideas de atracción y de armonía del grupo libremente constituido y variable, basado en la elección libre de las ocupaciones, su diversidad, la proporción esencial para una cooperación práctica; están allí todos los elementos que servirán de base a los grupos anarquistas del porvenir y del estudio, la preparación de esos grupos que se deja con mucha frecuencia a la llamada espontaneidad que algunas veces no es más que el azar puro — ese trabajo ocupó en el más alto grado a Fourier y a sus discípulos serios.

El trabajo atractivo y asociado, la cooperación de elementos armoniosos — como llegar a eso en asociación, sin autoritarismo y al mismo tiempo de una manera competitiva sin fiarse al azar? Fourier se rompió toda su vida la cabeza en el estudio de ese problema que implica el estudio de la naturaleza humana, de las disposiciones de cada uno, las exigencias de cada especie de trabajo, el mejor modo de cooperación. Todo eso no se producirá de acuerdo a las reglas y cálculos de Fourier, pero tampoco por sí mismo, por puro accidente. No se construi-

rán todas las cosas según un plan único y tampoco se construirá una casa sin plan; esto se aplica a los grupos cooperativos y a todo organismo compuesto que se constituye. La experiencia y la técnica del presente y el estudio intenso y el buen sentido de Fourier y de los fourieristas aplicadas a este problema; nos darán un armazón de valor para la reconstrucción libertaria; lo mismo sucedería si se reexaminara mucho de lo que Robert Owen ha dicho sobre el carácter humano y sobre sus transformaciones a la luz de nuestros conocimientos presentes.

Victor Considérant, en algunos escritos como *Necessité d'une dernière dette politique en France* (Paris, 1836), y *Destinée sociale*, 3 vol. (1837-38 y 44) ha elaborado maravillosamente la idea de la comuna, de la asociación y de la federación.

Un fourierista independiente, E. de Pompery, escribió también en un número prueba, el único aparecido, de su periódico *L'Humanité*. (Paris, 25 de octubre de 1845): "...ser libre, es poder desarrollarse conforme a su naturaleza, esencialmente social, después dar pleno curso a todas sus facultades activas. La libertad individual no encuentra, pues, su expresión y sus garantías más que en el seno de la libertad colectiva y por medio de la organización que la asegura a todos. Cada cual florece radiante y orgulloso al sol de la libertad y de la justicia sociales, que luce para todos los hijos de los hombres; porque la libertad consiste en vivir en la plenitud de su ser y el primer resultado de la asociación integral es colocar a todos los individuos en condiciones semejantes de existencia. Pasa con la libertad como con la riqueza: Cuando la sociedad entera es rica no hay necesidad de las fortunas privadas..." (Esto es dicho en el sentido de una comparación hecha por Robert Owen que, hablando de la riqueza futura, que por sí misma quitaría el deseo de hacer acumulaciones por la misma razón que hoy no se acumulan botellas. Llenas de agua, puesto que se sabe que hay abundancia de agua. Así en una sociedad libre no se afirmaría inútilmente la libertad personal que nadie pondrá en peligro).

Este mismo autor dice aún: "El bienestar material (en la sociedad futura) existe para todos, la humanidad le pone en común. Los tres cuadros de Fourier (trabajo, capital y talento, que recibirían cada cual una retribución) se han (entonces) gradualmente aproximado, para no formar más que uno, bajo la influencia creciente de una sociabilidad más elevada, del tono unitario, etc. El más y el menos en el seno de una tal abundancia, y cuando la vida se ha ennoblecido en tal forma, el más y el menos en ese orden de hechos se convierte en una insignificancia pueril..." "Tal nos aparece la solución final del problema de la propiedad individual y de un reparto equitativo de la riqueza. La riqueza debe ser el hecho de todos; porque el hombre no se hace hombre, no se desarrolla más que en el seno del trabajo. Es preciso el Injo para todos; no la igualdad de la miseria que engendra forzosamente la degradación y el envejecimiento... Fourier ha enseñado los medios positivos para organizar el trabajo atractivo..." "En el porvenir, cuando la humanidad respaldada en su unidad, cuando la tierra integralmente cultivada se haya convertido en el dominio del hombre, la riqueza constituirá un hecho social humano, universal: la propiedad individual se desvanecerá por sí misma..." "para no dejar como elementos de jerarquía (del grupo de los hombres) más que las desigualdades de alma, las distinciones superiores que marcan al hombre con una impresión divina (las diferencias naturales)". Esto que está datado el 29 de julio de 1845 y donde se encuentra también una crítica al fourierismo oficial moderado de entonces — que recuerda la hecha por el federalista italiano Giuseppe Ferrari, el amigo de Proudhon — me es muy distinta del comunismo anarquista del porvenir, tal como lo concebimos nosotros.

Las ideas de Robert Owen implicaban la aplicación lenta y pacífica de la educación a los hombres hasta la transformación de su carácter por el medio libre y su emancipación completa como la de

los escolares y estudiantes llegados al fin de sus estudios. Bakunin mismo reconocía para el niño una educación comenzando por la más grande libertad ejercida sobre el niño recién nacido por los que lo atienden y acabando por la elección de toda autoridad sobre el adolescente que se transforma en adulto. Robert Owen, para obtener su objetivo, aplicó los medios más amplios, de derecha e izquierda, como podría decirse, o sea, apela al Estado para medidas generales preparatorias (que faltaban entonces completamente) a fin de reducir el mal que causa la explotación capitalista. Se sabe que fué el padre de las ocho horas y el abogado incansante de toda medida de protección obrera. Apeló al congreso de los emperadores y reyes de la Santa Alianza, en 1813; es allí donde un literato clínico, vendido a la reacción, le dijo: "pero nosotros no deseamos en absoluto que las masas populares sean felices e independientes por la aplicación de las medidas que usted propone con ese fin: ¿Cómo podríamos, en ese caso, gobernarlas?" — Owen se preocupó también de poner en práctica sus ideas por un experimento práctico, en New Harmony (Estado de Indiana, América del Norte), en 1825, en un terreno ocupado hasta entonces por los socialistas cristianos, los raptistas. Sus amigos y él inauguraron el movimiento cooperativo inglés que continúa existiendo en proporciones enormes, aunque no inspirado ya en el espíritu de Robert Owen, — con su espíritu esos movimientos ricos y sólidos, desarrollados más o menos en todos los rincones del globo, por una federación verdaderamente solidaria, por la extensión de la cooperación productiva en alianza estrecha con los sindicatos obreros igualmente distribuidos absolutamente por todas partes, habrían podido tener en jaque al capitalismo desde hace mucho tiempo, crear el verdadero internacionalismo humanitario y científicamente solidario y cerrar esta maldita era de las guerras. Hoy existen esos organismos gigantescos pero que parecen carecer de alma, de vida real. — hace un siglo existía el gran espíritu de Robert Owen y de sus camaradas, pero los organismos a su disposición no estaban, sino en su infancia. ¿Cuándo serán animados esos vastos cuadros por un gran espíritu por una verdadera voluntad? Tiene el aspecto de grandes construcciones habitadas por una raza de enanos. Felizmente la última palabra no ha sido pronunciada todavía; el *Guild socialism* y otros esfuerzos semejantes demuestran que hay un poco de vida en ese cuerpo demasiado inanimado. Cuanto más de cerca examinamos no importa qué parte de los preparativos para la sociedad nueva, más vemos lo mucho que falta aún por hacer.

Los owenistas sostuvieron también un ensayo de mutualismo, el almacén para el cambio directo de productos abierto en Londres (1830-32) y que el periódico *The Crisis* permite seguir. En breve Owen, como Fourier, dieron un amplio impulso al *socialismo experimental*, sobre todo en Inglaterra, en los Estados Unidos y en Francia: esa es una rama de la preparación socialista que se ha descuidado y despreciado erróneamente. Porque, todos carecemos de la verdadera experiencia socialista que sólo puede dar el experimento. Únicamente los conocimientos y la experiencia pueden servir verdaderamente de defensa, contra la dictadura, porque en la fuente de toda dictadura hay una superioridad verdadera o pretendida, positiva, de los que se hacen dictadores pretendiendo saber hacer las cosas mejor que los demás. Aunque sea al principio una dictadura de apariencias intelectuales, una dictadura de sabios y de técnicos, resultará pronto la dictadura bien material y duradera.

La superioridad pasajera o pretendida de algunos hombres primitivos en la explotación de los hechos naturales, basada en la observación, etc., vino a la humanidad la dictadura espiritual de los sacerdotes, de los explotadores de la ignorancia y de la superioridad humana, dictadura que persiste aún. La superioridad de algunos en fuerza bruta y en astucia, que la colectividad no ha aplastado en sus comienzos, le ha valido la dictadura gubernamental que dura todavía; las rentas económicas han destruido la solidaridad social y creado la dictadura

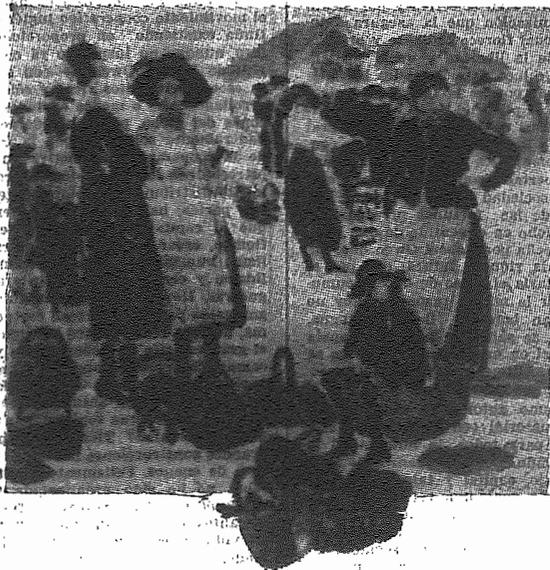
# Joseph Hemard

En la misma época compone con Juan Basile para la Lune Rose, una pieza de sombras: *L'Habit vert* de Sacha Guitry. Su colaboración en los periódicos se extiende. Ilustra los textos de Henri Guillebaux para el *Asiétic au Beurre* (números sobre los poetas, las poetisas, las críticas, los hijos de papá). El dibujo no le basta ya. Su inspiración se extiende sobre los cuentos. La leyenda se profesa algunas veces aún en un diálogo o en un soneto. Por todas partes la risa de J. Hemard sacude la vida contemporánea con vigorosa energía sin que jamás la interpretación se extravíe en una facilidad cualquiera. Es maestro de sí mismo. En lo sucesivo ya no hay un croquis donde, aun en blanco y negro, las manchas no se equilibran de manera seductora, donde el

segundo que la guerra debía interrumpir. Nos apercibimos que en lo sucesivo logra fijar directamente en el croquis la caricatura de un personaje o lo esencial del espíritu de una silueta. Si antes conseguía separar lo esencial gracias a sucesivas eliminaciones, ahora lo obtiene en los primeros trazos, lo que mantiene su humor y su ironía.

De aquí surgen las series de composiciones para el *Boomerang* de Alfonso Allais, para *Pour lire sous la douche* de Cami, *Les joujouse de la vie* de Franc-Nohain, etc.

La guerra. J. Hemard acaba de finalizar *le Vieutz par Chemins* de Balzac (editado por Kieffer en 1915) donde se destaca su completo dominio y su riqueza de dones. El texto y la imagen se complementan notablemente y se com-



J. HEMARD — Mercado de Evian, 1920.

arabesco de los gestos, sin quitar la vida a éstos no se desenvuelve de manera imprevista y armoniosa. Y Hemard no insiste. La ciencia se berra; pero sostiene la composición entera. El esqueleto está bajo la carne. El artista ha llegado a la unidad. De más en más, es el progreso de un refinamiento de orden puramente estético.

Desde entonces era natural que J. Hemard fuese atraído por la ilustración. Y debuta con los *Contes chateaugés* de Thibault (1911). Se pasa a seguir su busca desde una perfección cada vez más despojada de los dibujos de este período

económica ejercida por la propiedad en manos de sus neopapasas. En todos esos casos que han producido la desdicha de la humanidad, el conocimiento y la experiencia, verdaderamente difundidos hubieran obstaculizado el mal. La ciencia que es la memoria de que hablamos. Francia, Evian y sus camareadas, en la historia de la incompetencia. La historia de los estados parlamentarios, en el servicio del sistema normal para crear la vida nueva. Con todas sus debilidades y extrayros no puede más. De parte del socialismo crucial que es el socialismo liberatorio.

*Los Nettles*

pletan y logran revelar perfectamente el carácter de la narración, no sin cierto desenfado pero dentro de una tradición que debía encantar particularmente al artista. Hecho prisionero en 1914, J. Hemard relata en *Chez les Fritz* (1), el periódico de cautiverio en el que fue revistero, administrador de teatro, actor, fabricante de "recuerdos artísticos" todo esto para no impacientarse con su mal, alegrar a los flojos y evitar los trabajos impuestos por el enemigo. Este libro ofrece, nuevamente, un ejemplo de exposición en páginas original, donde la tipografía y los dibujos forman manchas siempre imprevistas.

Por otra parte, si J. Hemard había ya realizado casi completamente la unidad del texto y de la ilustración de sus *Treinta Cuadros de la Historia de Francia* y el *Lo Vieutz par Chemins* dibujado con asombrosa aunque desigual inventiva, todo el texto debía volverle a tomar en segunda esta fórmula delicada que reclama una abundante imaginación al servicio de un arte preciso de decorador y llevarlo a la perfección en los *Regrets de la vieille Héloïse* (1921) que es en cierta manera una obra maestra. Toda la risa melancólica, toda la trascendencia de Villon están allí maravillosamente trasladadas y el

arte de J. Hemard en ella se resume. No hay nada que haya menester suprimir: sentimiento y evocación, encanto, inspiración, canalladas y sensualidad. El arabesco de un gesto, la agrupación de los personajes, la expresión esencial de los rostros, el dibujo de los tipos, las tonalidades elegidas, todo acusa amplia y plenamente el sentido de la admirable balada. Y admitida tal forma de expresión es casi imposible ir más lejos en la perfección.

Sin embargo, J. Hemard no está satisfecho. Desde su retorno a Francia vuelve a emprender la tarea interrumpida ensayando ampliar siempre una manera para llegar a sintetizar más todavía. Su colaboración en los diarios y revistas no limita en manera alguna el deseo de alcanzar en aplicaciones más especiales de su talento una forma de arte más despojada y pura. De ahí que, acordándose de sus primeros trabajos, realice composiciones para telas impresas que expone en el Salón de los artistas decoradores y que la galería D. J. edita, (1921). Su imaginación disciplinada y adaptada al destino del objeto, logra muchos juegos de fondo hábiles sobre los que el motivo decorativo elegido se desenvuelve felizmente; pero su originalidad permanece allí un tanto deprimida, demasiado subordinada a teorías que otros decoradores han, precisamente, renovado.

Para su único placer, J. Hemard dibujó todavía composiciones esencialmente decorativas en las que la fantasía se esfuerza por llegar a lo fantástico, aunque con menos espontaneidad que antes. De ello hemos tenido ejemplo en los Salones de L'Araigné (1922): quimeras y demonios fulgurantes o de extrema lividez. No deja sin embargo la ilustración y entrega al editor Kieffer: *Monsieur de Pourcaugnac, le malade imaginaire, la Vie de Bohème, la Rotisserie de la Reine Pedauque*; para Lapina: *Jacques le fataliste* de Diderot; para Crés: *les egarements sentimentaux* de Festif de la Bretonne, *Gargantua et Pantagruel* de Rabelais. En ellos juegan los colores con delgado vigor, con rebuscado refinamiento, mientras que el rasgo guarda el sabor, completando bien el sentido de la imagen que permanece así dentro de la mejor tradición popular de nuestro país. Ora, en negro y blanco vemos el ritmo balanceado de los títulos, el comienzo de los capítulos, ora, dibujos mezclados con el texto, hallazgos de exposición en las páginas, cheques cómicos siempre atrayentes

No hay nada de que no se sirva J. Hemard, con gran recurso de imaginación, para completar la composición, hasta de su firma.

Ningún artista, mejor que Hemard, hubiese podido expresar con más justeza toda la robusta salud, la mordaz ironía, la aguda sátira de la risa que escude a Rabelais y Moliere o el espíritu burlesco que se desprende del *Micro-mégas* de Voltaire. Así su personalidad se destaca particularmente. Ni siquiera podemos compararlo a otro. Débese esto, sin duda, a que no ha frecuentado escuelas, a que se ha formado solo, a que se ha alejado de los medios parisienses donde se acostumbra tener el "espíritu" monopolizado, mezclándose en la vida bulleante de las ciudades, de los puertos, de los mercados, de las aldeas. De manera que J. Hemard ha quedado más cerca de la cultura que de una civilización que agoniza y triunfa contra todos, ya que siendo de su tiempo, pero no exclusivamente, fija una segunda humanidad, pues de todas sus obras se desprende la eternidad del instante, de los impulsos, de los sentimientos de la animalidad primitiva. Nos hace amar la vida "en su desnudez: ora terrible, ora encantadora", como dice France. En esto reside, sin duda, una gran parte de su secreto de seducción. Hoy día J. Hemard de nadie tiene que aprender sino de sí mismo. De sus viajes, de sus paseos, gracias a su continuada observación de la vida que es cada vez más profunda, extrae tipos y esquemas que reúne o subordina a una idea con magistral habilidad. Una de sus últimas composiciones — el paisaje de Sens — es significativo. Es el término de un segundo esfuerzo, la expresión de una personalidad y de un arte donde descubrimos amplias razones para satisfacer a la vez nuestra sensibilidad y esa necesidad que tenemos, para juzgar y amar mejor la vida, de reír algunas veces de todo y de nosotros mismos.

LEON MOUSSINAC

(2) Edición francesa, 1919, obra coronada por la academia francesa.

... Las cuestiones referentes al trabajo son delicadísimas y vitiosas y no puede tocarlas el Estado con su pata de elefante sin hacerlas añicos y ocasionar mayores daños. — CARVAJAL—



J. HEMARD. — Croquis, 1920

# DE CARTA A CARTA LA PRENSA LIMEÑA

Cuando se hallaba Sassone en Buenos Aires, escribiendo en "Última Hora", me dijo que la prensa limeña era la mejor de suramérica. Puede ser que lo fuera entonces que se beneficiaba con el concurso de la pluma de Sassone. Porque, lo que es ahora, el periodismo de esta ciudad de los virreyes está bastante pálido y exangüe. Le falta nervio, carácter y ese brio de potro fogoso que es el mayor encanto del estilo periodístico.

Por lo pronto, constataré que, en esta villa, reputada por muy docta, no se publican más que cuatro diarios: "El Comercio", "La Prensa", "La Crónica" y "El Tiempo". De estos cuatro cotidianos, "La Prensa" es oficialista, y los tres restantes defienden al gobierno, velada y encubiertamente. De modo que el periodismo independiente y de oposición es desconocido aquí.

Hay, además, dos publicaciones semanales: "Variedades" y "Mundial", que es un catálogo de fotografías de la "laute". Hay otra revista mensual, "La Mesocracia", que es órgano de la "Sociedad Empleados de Comercio", la cual es mutualista, y algunas publicaciones profesionales y técnicas.

Tampoco existe la prensa obrera, en la verdadera acepción de la palabra. El gobierno de Leguía, hace tiempo que la suprimió. Esparcidamente salen periódicos, manifiestos y otros impresos que tratan temas sociales, pero casi siempre tienen la mala suerte de caer en las manos de la policía, lo cual provoca enseguida la detención de los redactores, típicos y hasta el portero, si lo hay. Desde la cárcel, donde pesan un día o dos, invariablemente los envían a la Isla de San Lorenzo, en la que se halla la penitenciaría. De allí, algunos de los detenidos, que los consideran más peligrosos, son deportados, como lo fué Haya de la Torre; y a los otros los obligan a trabajar con los presos comunes, en las canteras, donde su tarea consiste en cortar agujeros. Otras veces, cuando esas mismas publicaciones traen cargos graves contra el gobierno, se emplea el procedimiento expeditivo de embastelar la imprenta y apropiarse una soberana paliza a todo cristo que se halle en el interior del local.

Claro que esto no sucede todos los días, pero ha sucedido y sucederá cuando se presente la ocasión.

Como nadie se atreve a ponerle los cascabeles al gato, la lectura de la prensa limeña resulta bastante insulsa, incolora e incolora. Tomemos, por ejemplo, "El Comercio", diario de la aristocracia. Es una cabomonia mal hecha, de "La Nación" de Buenos Aires. Su periodismo es meloso y empalagoso, con un criterio circunscripto de clan o tribu primitiva. Está verdaderamente hecho para la plebe de los salames. Sus fetiches son la Banca, el Estado y la Sacristía. Para estos tres Moloch se queman todo el incienso y la mirra de sus artículos. La vieja bezofia del liberalismo conservador, es escanciado con salmas diferentes y en diferentes ocasiones. Como todo diario andrógino, aséptico, de tendencia y de ideas, cultiva un eclecticismo de baratillo o de peluquería, o de las dos cosas a la vez. Así, hoy alabaré a Lenin y Ota, mañana ensalzaré a Polcaré y pasado mañana pondrá por las nubes a Mac Donald o a Menelik. En fin, su ideario es nihil, porque no persigue ningún objetivo, más que el inmediato y perentorio de ganar una suma mayor de dinero, con el menos esfuerzo posible. Por eso, con unas titenas de estilo, saca, una revista en la arena, española y mirameñista. A veces se da el caso que dos diarios se multipliquen, publican el mismo artículo. Pero, en esas cosas, colidimos todos los periodistas en el penúltimo párrafo de un estilo literario, de "quiero y no puedo", empalagado de verbosos extrínsecos y recondidos palabras que para pronunciarlas basta que apuntemos la boca. Hay pretensiones literarias en la crítica de policía, en la de deportes, en las

noticias sociales, y hasta en los avisos hay alardes de un gongorismo churriguereesco.

De ahí que sean frecuentes las perlas como ésta:

"UN MEGALOMANO.— La policía busca con verdadero interés a un joven, Luis Gutierrez, dedicado al consumo de drogas, a quien le ha dado por la megalomanía, pues todo objeto que sus dueños desculdan, él procura llevarlo a lugar seguro o aprovecharse de él para obtener algún dinero para sus vicios". ("El Comercio", 14 de noviembre de 1923).

Como me figuro que he leído mal y soy yo quien está equivocado, recurro a un desamador (vulgo diccionario) y le pregunto: ¿Megalomanía? Me contesta: "Delirio de grandezas — enajenación mental, etc.". Le pregunto otra vez: ¿Cleptomanía, entonces? No — me responde — el cleptomano es el que hurta desinteresadamente cualquier objeto, aunque después no le reporte ningún provecho o beneficio." Ya se ve, en ninguno de los casos cabía la palabra. Pero el cronista, por afán de singularizarse, calumnia a un vulgar ladronzuelo que se busca la vida robando como cualquier comerciante de alto porta.

Otra vez, a un cronista, urdiendo la necrología del general Cáceres se le escapó este disparate de tamaño natural:

"... el pundonoroso militar se propuso ser el superhombre que soñó Spencer..."

¡Pobre Spencer! si en la otra vida pudiese alcanzarle esa bala perdida, creo que se moriría por segunda vez para no verse complicado con el iconoclasta Nietzsche y el general Cáceres. ¡Han visto! Con la misma frescura, que Garibaldi, en Aspromonte, pronunció la famosa frase bíblica de "creced y multiplicaos".

Otro día, un redactor de "El Comercio" pedía disculpa al público, a causa de que, por la premura del tiempo, confundió el término "masoquista" con "sadista". Menos mal; éste reaccionó a tiempo; aunque se nos hace cuesta arriba creer que se pueda confundir con tanta facilidad términos que son completamente antagónicos.

Sobre un hecho de policía, "La Crónica" afirmaba muy seriamente, en el título: *Niña muerta por una carreta*.

Pero, al leer el suelto, al final, nos encontramos con una desilusión. La carreta era completamente inocente de ese crimen horrendo que le imputaba el cronista con toda ligereza. El asesino fué un muro que con saña y alevosía se desplomó sobre la desgraciada niña, sepultándola bajo sus escombros.

Otra desilusión nos esperaba todavía. Leíamos una colaboración extranjera bastante interesante, y cuando llegábamos al final, al pie del artículo, vimos: "Dibujos de Forain". Busquemos con afán y ¡oh, decepción! no hallamos nada. ¿Qué había sucedido? Posiblemente, el que está encargado de la sección "Tijera, engrudo y anexos", tomó ese artículo de alguna revista, olvidándose de tachar la leyenda que llevaba al pie.

Ahora daremos una ojeada a los avisos. He dicho que la redacción de los avisadores tenía alardes de un gongorismo churriguereesco y no me retracto. Veamos un aviso de cinema "Sala Imperio". Hoy un estreno "Eristocartico para nuestras cabezas femeninas. Grande Dama, haciendo toilette elegantissima, siendo la actriz de deslumbrar ante todas en Nueva York".

Y más abajo: "Mañana daremos Orfeo o El Moro de Venecia, obra del taicento de Guillermo Shakespeare". Y más arriba, en grandes letras: "Este tarde matine, sigantico con cuatro estrenos" Y no se para a creer que estamos copiando un programa de cinema de barrio. No, lo hemos visto publicado en la página de

avisos de "El Comercio", a cuatro columnas con grandes titulares. Otro cinema, en la misma página, anuncia la película "El faro colorado", con esta redacción: "Su argumento se desarrolla en Pekin, ciudad misteriosa, vieja, secular metrópoli, que se desmorona al contacto de los años y en la que todo es gris, empolvado y como enmohecido por el tiempo y el descuido". Ahora, el que quiera saber más de Pekin, que viaje. Y a propósito de Pekin, no creen ustedes que esto se parece más a chino aljamiado que a castellano castizo, que diz hablan los limeños?

"Por fin", citaré la última perla, pescada en "La Prensa". Dice así: "Perro de Terranova se vende. Come de todo y le gustan mucho los chicos".

Reconozco, empero, que todos los errores citados hasta aquí, son errores universales y de menor cuantía. Y digo universales, porque si el planeta Venus o Sirio estuviese habitado y se publicasen allí diarios, incurrirían en los mismos delitos. *Errare humanum est.* No soy muy aficionado a la crítica Valbuenesa. Me parece un poco mezquina y estrecha de horizontes. Pero lo que le reprocho al periodismo limeño no es, su técnica, ni su desagración para publicar los disparates mayores; sino su pedicía, que yo llamaría, si ustedes me lo permiten, "sideral". Parece que la mayor parte de los redactores estuviesen pensando en la luna y que los sueltos que confeccionan están precisamente dirigidos a los habitantes de ese planeta. Se ocupan de lo que sucede en Francia, Inglaterra, Rusia y la Cochinchina; y los más graves asuntos de casa ni los desfloran siquiera. Entretanto, los niños, la hiena santa, el único tesoro de la raza, agoniza en los callejones, — casas de vejeidad que, siendo peores que los conventillos bonaerenses, son verdaderos muladares, horribles estercoleros que las bestias rechazarían asqueadas.

Y en estos inmensos callejones se apiñan hasta doscientas, o más personas en horrosas, promiscuidad, padeciendo la escasez de agua y faltos de todo servicio higiénico. Yo he visto racimos de estos chicos macilentos, revolcados, en el arroyo, sucio de toda suciedad, con sus ojos alucinados por la fiebre que los roía, encomendados a las pocas fuerzas que les quedaban.

Yo he visitado los arrabales del Callao, construidos en la proximidad de las basuras, cuya hediondez era tan insoportable que daba vértigos, y escarolaba la piel. Era la porquería elevada a la quinta esencia, depurada y refinada. Las casas de cataduras inverosímiles, participaban mucho del cubil del perro y de la cueva prehistórica. Y en estos meandros o dédalos que son las calles, — un hacinamiento de trastos, latas vacías, papeles, trapos y otros "destritus", que, por ser malolientes, no se nombran — creta yo ver asomar derrepente, por la rendija de una ventana o por el vano de una puerta, no una cara humana, sino el hocico de alguna fiera perteneciente a una fauna desconocida.

Pero no. Son hermanos nuestros, criaturas en todo semejantes a nosotros, con virtudes y apetitos como nosotros, cuyo trimen es el de haber nacido en la pobreza, en una lanquante miseria. Y este crimen, la sociedad no lo perdona y si lo castiga con la pena perpétua del trabajo forzado, arrojando millones de vidas en una esclavitud económica de la cual no se salvan sino unos pocos. Y esos que se salvan no son siempre los mejores. No, a veces y casi siempre son los peores, ya que en la lucha por la existencia triunfan los que tienen más garras y dientes, y no los más generosos de corazón y de inteligencia. Pero ¡las turbas de Job, las que anulan y ludran de hambre, han de permanecer eternamente entre los desperdicios, en la sintonía de la Sociedad Prometeo-milenaria; cuyas entidades son devoradas por el fufte de todos los desesos y todos los appetitos. Durante mi vida he visto mucha miseria y mucha suciedad. He visto de cerca a miserías del obrero inglés, los barrios infernales de "White Chapel", y los arrabales de Liverpool; la indigencia del peón

paraguayo y del argentino. En Lima, he visto todos los males y en todos los lugares; me he encontrado con las miserías más horribles de la Misericordia, por ejemplo; he visto miseria y suciedad en la agravada de todos los lugares; he visto y vivido entre la porquería. Cuando yo me imagino que al otro lado hay un infierno con sus llamas, prefiero las llamas a esta miseria asquerosa. Y cuando yo pienso en el infierno de Dante, y en su "terribilidad", me parece un infierno de mentira, un infierno de ópera, donde el lado de la realidad que me ha contemplado mis ojos. Y este hecho, que está a la vista de todos y que todos conocen desde el presidente Leguía hasta el último pirche de redacción, la prensa chilena y limeña finge ignorarlo. Y calla, calla, criminalmente.

Hace poco, la "Liga antituberculosa" lanzó una cartilla a la calle, en la cual consignaba cifras espantosas sobre la mortalidad infantil. ¿Ustedes creen que siquiera se hizo un mal suelto? No, se siguió hablando de política, de las mil y una fitezas que ocupan y absorben la atención de esta población que se llama el "Reino de los reyes". Naturalmente, que, en Lima, abundan las "sociedades protectoras de la infancia desvalida". Y son frecuentes las "hermosas", que realizan estas damas piadosas, cuyos maridos explotan a los padres de esa infancia desvalida para que ellas, las esposas, divirtiéndose, derrochan el sueldo por mil de lo robado. — ¡Esa es la realidad!

Si lo es, resulta un remedio, bien grotesco. Ya que con gente devota y muy cristiana, se aprovecha de la desgracia ajena para utilizarla como un objeto de recreo.

Sin embargo, los diarios, que en esta ciudad son muy bien, — muy chicos, —

Lo que ya no encuentran de su agrado, es que los chilenos, desterrados a las peruanas que habitan las provincias cautivas. Su chauvinismo, más que su amor patrio que es bastante positivo; y de ocasión, se sienta herido; y lanzan saeos y cuefibras contra las autoridades de Tarma y Arica. En cambio, guardan un silencio profundo respecto a la comparsa "escaudalesca" que el gobierno de Leguía les está haciendo en las infames autoridades, — sencillamente, "desplazamiento" del Perú, con las deportaciones de supuestos "conspiradores" que se van succionando por millares, y, en breve tiempo, el Leguía es relegado a sustentar por decenas de millares.

Con las empresas monopolizadoras de los servicios públicos, sucede algo parecido. Escen lo que quieren con el público, suben las tarifas cuando se les antoja y la prensa sigue callando, y si protesta lo hace tan desmayadamente que nadie se entera.

Después de todo eso, a menudo se leen sueltos y editoriales sobre la necesidad de fomentar la inmigración europea hacia estas playas. ¡No sería mejor que alguien, a que todo el mundo, hiciera algo para evitar o aminorar la inmigración infantil hacia el cielo y de los peruanos hacia lo ignoto?

Lima, abril 1924.

## El movimiento anarquista en Bulgaria

Yo debía presentar, al último Congreso Internacional, un informe acerca del movimiento anarquista en Bulgaria. Creo que, para los camaradas del extranjero, no es demasiado tarde para enterarse con conocimiento, tanto más que para la mayor parte de estos "nuestro movimiento" ha sido siempre una verdadera "terra incognita". Por otra parte, he conocido a personas que se han comprometido activamente en Bulgaria y la revolución que se está haciendo, dirigida por los comunistas, que anarquistas, han reconocido a tiempo por el movimiento anarquista búlgaro.

En algunos artículos, traté de escribir a grandes rasgos los principales etapas de la evolución del anarquismo en Bulgaria. Dos rasgos fundamentales caracterizan este anarquismo: primero, la tradición revolucionaria que nos lega nuestro lejano pasado, y, en segundo lugar, el

# LA NADA

la realidad y la tenacidad naturales del bilátero, quién pueda expresar libremente su pensamiento, y luchar hasta la muerte por su realización. Se puede añadir también el odio extremo contra la autoridad en general, odio acrecentado por una esclavitud de cinco siglos.

Solamente bajo este aspecto podemos comprender cómo en un país tan pequeño como el nuestro hayan surgido decenas de anarquistas que mueren por su ideal y siempre la muerte de los unos provoca una impulsión a la lucha y a la propaganda de muchos otros.

Naturalmente, cuando se habla de anarquismo en Bulgaria es inútil remontar a la época lejána de los Bogomiles (1) y a la época más reciente de los Haiduks populares (2), bien que, ya en estos movimientos, encontramos en germen la idea anarquista. Tampoco es necesario de temarnos en la época de Botloff (3) y en Botloff mismo, quien, aunque así no se denominara, fué, sin embargo, el primer anarquista.

El primero que enarbó abiertamente el estandarte de la anarquía en Bulgaria fué Spiró Goulatcheff (en 1892). Hasta entonces las ideas del socialismo que habían penetrado en Bulgaria después de la Comuna de París habían sido, más bien, una mezcla de las doctrinas marxista y bakunista. Goulatcheff fué uno de los primeros que contribuyó a la difusión del ideal anarquista comunista; editó por primera vez en Bulgaria los folletos de propaganda de Bakunin, Kropotkin, etc.

Los primeros grupos de estudio y de propaganda anarquista surgieron entonces. Pero de este comienzo al movimiento anarquista real, se desarrolló un largo período de propaganda, primero débil y esporádico, y a continuación más recio y mejor organizado.

Cuando aparecieron en 1909 y en 1911 los diarios *Bezvestié* (La anarquía) y *Prosvéda* (El despertar) existía ya, un terreno bastante favorable para la propagación de las ideas anarquistas. En muchas ciudades se habían constituido grupos; y la propaganda fué intensificada por la aparición de libros y folletos de Reclús, Malatesta, Kropotkin, Grave, Faure, etc. El grupo de la edición "*Bezvestié*" editó las obras más notables de la doctrina anarquista (La Ayuda Mutua, Palabras de un Rebelde, La Ciencia Moderna y la Anarquía, etc. de Kropotkin; Evolución y Revolución e Ideal Anarquista de Reclús, y muchos otros).

Folletos de propaganda han sido editados por otros grupos. Después de *Bezvestié* y *Prosvéda* apareció el periódico hebdomadario *Rabotnitschka Misaal* (El pensamiento obrero). Luego *Qarvobodnie* (La Liberación).

Estas ediciones crearon una efervescencia de ideas, y partiendo de los grupos aislados, los principios libertarios penetraron en la masa de los trabajadores.

Pero la guerra mundial detuvo temporalmente la propaganda. Clausuró el primer período de la actividad anarquista en Bulgaria.

Sobre el segundo período volveremos próximamente.

G. G.

(1) Los Bogomiles: secta cristiana fundada por el sacerdote Bogomile en el siglo X. Después de J. C. Los discípulos del sacerdote Bogomile seguían la senda del combate las leyes y vivían en sus comunas solamente como anarquistas. No aceptaban servicio en el ejército, siendo irreductibles antimilitaristas; no casaban a sus hijos y eran vegetarianos. Hicieron decir que la autoridad era superior a la ley, y que contra el imperio mismo se levantaban. Los bogomiles, que hoy viven en Bulgaria, en el momento de la guerra mundial, como de la ruina del antiguo Imperio Otomano. Muchos partidarios del sacerdote Bogomile habian sido grupo de la Francia revolucionaria. Después de la guerra mundial, el que era conocido por la denominación de "anarquista" habia sido anarquista en el momento de la guerra mundial.

(2) Los Haiduks populares fueron los líderes rebeldes durante los tiempos semibárbaros de la Bulgaria medieval. Vivían en las montañas y combatían la autoridad por el robo y el asesinato. Durante el período de la guerra mundial, los haiduks se unieron a...

Se estaba muriendo un alto dignatario, viejo, importante, un gran señor que tenía mucho apego a la vida. Era para él muy penoso morir; no creía en Dios, ni comprendía por qué moría y dominábase el terror. Era horrible ver como sufría.

Su vida era grande, rica y llena de interés; su corazón y su cerebro estaban siempre satisfechos. Pero estaban cansados, agotados casi como todo su cuerpo, por otra parte, que se iba enfriando poco a poco. Sus ojos y oídos, acostumbrados a ver y oír siempre lo bello, estaban igualmente cansados, y la alegría misma pesaba sobre su corazón harto trabajado. Cuando todavía no se estaba muriendo, pensaba en la muerte, algunas veces, con cierto placer; se decía que le daría el reposo, que le libraría de todos aquellos abrazos, muestras de estimación y relaciones que tanto le fastidiaban. Si, lo pensaba con placer; pero ahora, estando a punto de morir, sentía que un horror indescriptible penetraba en su alma.

Quisiera vivir todavía un poco, aunque no fuera más que hasta el lunes próximo, mejor aún hasta el miércoles o el jueves. Pero no sabía, con precisión el verdadero día de su muerte, ya que en la semana hay solamente siete días. Y precisamente aquel día desconocido se presentó ante él, un diablo, muy ordinario, como muchos. Se introdujo en la casa disfrazado de cura; pero el alto dignatario comprendió en seguida que el diablo no había ido allí por ir, y se puso alegre; una vez que el diablo existía, la muerte no es realidad; por el contrario, si la inmortalidad es algo real. En rigor, si la inmortalidad no existe, se puede prolongar la vida vendiendo el alma en condiciones ventajosas. Esto era evidente, casi claro.

Pero el diablo tenía un aspecto cansado y aburrido. Durante un rato, bastante largo, no dijo nada; y miró a su alrededor con una mueca de disgusto, como si se hubiera equivocado de dirección. Estó inquietó al dignatario, que se apresuró a ofrecer un sillón al diablo. Pero, aún después de sentado, el diablo conservaba su aire aburrido y guardaba silencio.

"¡Helos aquí, tales como son! — pensó el dignatario examinando con curiosidad al visitante. — ¡Dios mío qué horrible tan desagradable! Ni en el infierno debe pasar por guapo."

—Yo me le figuraba a usted de otro modo — dijo en voz alta.

—¿Qué? — preguntó el diablo haciendo un gesto.

—Yo no me lo figuraba a usted así.

—¡Tonterías!

Todo el mundo le decía lo mismo al verlo, por primera vez, y esto le fastidiaba.

—Y, sin embargo, no puedo ofrecerle té o vino — se dijo el dignatario — Quizá, ni siquiera, sepa beber."

—¡Bueno, ya está usted muerto!

comenzó el diablo con tono flemático.

... y descendían al campo hasta la primavera, para cultivar. Esporádico y parcial durante tres siglos, el movimiento de los haiduks alcanzó, en el siglo XVIII una gran extensión y las revueltas estallaron en masa. Una ola de insurrección envolvió todo el país.

(3) Christo Botloff (1847-1876) poeta y revolucionario, asesinado en las montañas; después de haber utracado con su tcheta el Danubio y haber combatido algo con el ejército turco. Botloff era discípulo de Proudhon y Bakunin. Era un militante destacado del socialismo libertario. Con Proudhon afirmaba que cada gobierno es una conspiración de bribones contra la libertad de los pueblos. Sin denominarse anarquista, Botloff fué, en su vida y en sus escritos, un libertario consciente. Si se escribió el cuento más admirable, en la literatura búlgara, de la Comuna de París.

(De "L'Idée Anarchiste")

—¿Qué es lo que usted dice? — exclamó indignado el dignatario — ¡Estoy vivo todavía!

—No diga tonterías — respondió el diablo, y continuó — Está usted muerto. ... Y bien, ¿qué haremos ahora? Este es un asunto serio y hay que tomar una decisión.

—Pero, ¿es verdad que... estoy muerto? Puesto que hablo...

—¡Ah, Dios mío! Cuando sale usted de viaje, ¿no tiene que pasar por la estación antes de subir en el tren? Ahora está usted en la estación, precisamente...

—¿En la estación?

—Sí.

—Ahora comprendo. Entonces, ¿esto ya no es yo? ¿Y dónde estoy yo? Es decir, mi cuerpo...

—En una habitación vecina. Le están lavando ahora con agua caliente.

Al dignatario le dió vergüenza, sobre todo cuando pensó en su vientre, cubierto de espesas capas de grasa. Pensó además que son siempre las mujeres quienes lavan a los muertos.

—¡Esas son costumbres estúpidas! — dijo con cólera.

—Eso no es cuenta mía — objetó el diablo —. No perdamos tiempo y vamos al grano... Tanto más cuanto que empuja usted a oler mal.

—¿En qué sentido?

—En el sentido más ordinario; se empuja usted a pudrir, y eso huele mal. ¡Pero ya estoy harto de sus preguntas! Tenga la bondad de escuchar bien lo que voy a decirle: no lo he de repetir.

Y en términos llenos de enojo, con una voz cansada de repetir siempre la misma cosa, expuso al dignatario lo que sigue:

El viejo dignatario muerto tenía ante sí dos perspectivas a elegir: o pasar a la muerte definitiva, o bien aceptar una vida de un género especial, un poco extraño, capaz de provocar dudas. Tenía libre la elección. Si elegía lo primero sería la nada, el silencio eterno, el vacío...

"¡Dios mío!, eso, precisamente, era lo que me daba siempre horror!", pensó el dignatario.

Eso será el reposo imperturbable — dijo el diablo examinando con curiosidad el techo tallado —. Desaparecerá usted sin dejar ninguna huella, sin existencia. Tendrá un fin absoluto, no hablará usted jamás, ni pensará, ni deseará nada, ni experimentará alegría ni dolor; nunca pronunciará la palabra "yo"; en fin, no existirá usted, ya, se extinguirá, cesará de vivir, se hará nada...

—¡No, no quiero! — gritó con fuerza el dignatario.

—Y, sin embargo, eso sería el reposo! Eso también vale algo. Un reposo tal, que es imposible imaginárselo más perfecto.

—¡No, no quiero reposo! — dijo decididamente el dignatario, mientras su corazón cansado no imploraba más que reposo, reposo, reposo.

El diablo alzó sus hombros peludos y continuó con un tono fatigado, como el viajante de un almacén de modas al fin de una jornada de trabajo.

—Pero, por otro lado, voy a proponerle a usted la vida eterna...

—¿Eterna?

—Que sí. En el infierno. No es eso precisamente lo que usted hubiera deseado, pero, así y todo, es la vida. Tendrá usted algunas distracciones, conocimientos interesantes... y sobre todo, conservará su "yo". En fin, habrá de vivir usted eternamente.

—¿Y sufrir?

—Pero, ¿qué es eso del sufrimiento? — y el diablo hizo una mueca —. Eso parece terrible hasta que uno se acostumbra. Y debo decirle a usted que es precisamente de la costumbre de lo que se lamentan allí.

—¡Hay allí mucha gente!

—Bastante... Si se lamentan tanto que, finalmente, hasta hubo perturbaciones bastante graves: reclamaban nuevos suplidos. Pero, ¿dónde encontrar esos suplidos nuevos? Y, sin embargo, aquellas gentes gritaban: "¡Esto es la rutina! ¡Esto se ha hecho trivial!"

—¡Qué brutos son!

—Sí, pero vaya usted a llamarles a la razón. Felizmente, nuestro Maestro...

El diablo se levantó respetuosamente y su rostro adquirió una expresión aun más desagradable. El hombre hizo también un gesto cobarde para manifestar su respeto.

—Nuestro Maestro ha propuesto a los pecadores que se martiricen ellos mismos...

—¿Una especie de autonomía? — dijo sonriendo el dignatario.

—Sí, lo que usted quiera... Ahora, los pecadores se rompen la cabeza... ¡Vamos, querido, hay que decidirse!

El otro reflexionó, y teniendo ahora plena confianza en el diablo, le preguntó:

—¿Qué me recomendaría usted?

El diablo frunció las cejas.

—No, en cuanto a eso... no soy amigo de dar consejos.

—Entonces no quiero ir al infierno.

—Muy bien, será como usted guste. No tiene usted más que poner su firma.

Desplegó ante el dignatario un papel muy sucio, que más bien parecía un moquero que un documento tan importante.

—Firme aquí — y señaló con su garrón —. Digo, no, aquí no. Aquí se firma cuando se elige el infierno. Para la muerte definitiva es aquí donde hay que firmar.

El dignatario, que habla cogido ya la pluma, la dejó en seguida sobre la mesa, y suspiró.

—Naturalmente — dijo con un tono de reproche —, eso a usted lo mismo le da; pero a mí... Dígame, si gusta: ¿con qué se martiriza allí a los pecadores? ¿Con el fuego?

—Sí, con el fuego también — respondió con firmeza el diablo —. Tenemos días de asueto.

—¿De veras? — exclamó con alegría el hombre.

—Sí, los domingos y días de fiesta se descansan. Y, además, hemos introducido la semana inglesa: los sábados no se trabaja más que desde las diez de la mañana hasta medio día...

—¡Vaya, vaya! ¿Y por Navidad?

—Por Navidad, lo mismo que por Pascuas, se dan tres días libres. Aparte de esto, se da un mes de vacaciones en el verano.

—¡Vamos, eso es muy liberal! — exclamó el otro con alegría —. No lo esperaba... Pero, dígame, en rigor, ¿aquello es malo, lo que se dice malo, malo?...

—¡Tonterías! — respondió el diablo.

El dignatario tuvo un sentimiento de vergüenza. El diablo estaba visiblemente de mal humor; probablemente no había dormido aquella noche, o bien hacía mucho tiempo que estaba mortalmente aburrido de todo aquello: de dignatarios muriéndose, de la nada, de la vida eterna...

El dignatario vió barro en la pierna derecha del diablo. "No son muy limpios", se dijo.

—Entonces — repuso el hombre —, ¿es la Nada?

—La Nada —, respondió el diablo, como un eco.

—¿O la vida eterna?

—O la vida eterna.

El hombre se puso a reflexionar. En la habitación vecina habían terminado ya el servicio fúnebre en su honor, y él seguía reflexionando. Y los que le veían en su lecho mortuario, con su rostro grave y severo, no adivinaban qué extraños pensamientos asaltaban su cráneo frío. Tampoco veían al diablo. Olía a incienso, a cirios, ardiendo y a alguna otro cosa más.

—La vida eterna — dijo el diablo pensativo, carraxido los ojos —. Se me ha recomendado muchas veces que les explique lo que eso quiere decir. Crean que no me expreso con suficiente claridad; pero, ¿es que esos idiotas la pueden comprender?

—¿De mí de quién habla usted?

—No solamente de usted... Hablo en general. Cuando se piensa en todo esto...

Hizo un gesto de desesperación. El dignatario intentó manifestarle su compasión.

—¿Lo comprendo. Es un efecto penoso el suyo, y si yo, por mi parte, pudiera...

Pero el diablo se enfadó.

—¿Le ruego a usted que no toque a mi vida personal? — me verá obligado a enviarlo a usted al diablo! Se le presenta una cuestión y usted no tiene más que responder: ¿la muerte o la vida eterna?

Pero el dignatario seguía reflexionando y no podía decidirse. Fuera porque su cerebro comenzara a abismarse o porque nunca hubiera sido muy sólido, el dignatario se inclinaba más bien a la vida eterna. "¿Qué es eso del sufrimiento?", se decía. ¿No había sido toda su vida una serie de sufrimientos? Y, sin embargo, amaba la vida. No temía los sufrimientos. Pero su corazón cansado pedía reposo, reposo, reposo...

En ese momento, se le conduía ya al cementerio. A las puertas del departamento de donde había sido jefe, se detuvo el cortejo y los curas dieron comienzo a un oficio religioso. Llovía y todo el mundo abrió los paraguas, el agua corría por el suelo y formaba charcos en el pavimento.

"Mi corazón está cansado hasta de las alegrías", continuaba reflexionando el dignatario que conducían al cementerio. Quizá sea demasiado estrecho mi corazón, pero estoy terriblemente cansado...

Y estaba casi decidido por la Nada, la muerte definitiva. Se había acordado de un pequeño episodio. Fue antes de caer enfermo. Tenía gente en casa, se refan. El también reía mucho, a veces hasta llorar de risa. Y sin embargo, precisamente en el momento en que se creía más feliz, sintió de repente un deseo irresistible de estar solo. Y para satisfacer este deseo se escondió como un muchacho que teme que le castiguen, en un rincón.

—¡Pero, despache usted! — le dijo el diablo con tono de disgusto — ¡El fin se acerca!

Hizo mal en pronunciar aquella palabra; el dignatario casi se había decidido

por la muerte definitiva, pero la palabra "fin" le espantó; experimentó un deseo irresistible de prolongar su vida, a cualquier precio. No comprendiendo ya nada, perdiéndose en sus reflexiones, no pudiendo tomar decisión neta, remitió la solución al destino.

—¿Se puede firmar con los ojos cerrados? — preguntó tímidamente.

El diablo le echó una mirada bizca y respondió:

—¡Siempre tonterías!  
Pero, probablemente, todos aquellos tratos le tenían fatigado; reflexionó un instante, suspiró y puso de nuevo ante el dignatario el pequeño papel, que más bien parecía un moquero sucio que un documento importante.

El otro tomó la pluma, sacudió la tinta, cerró los ojos, puso el dedo sobre el papel, y... precisamente en el último momento, cuando había firmado ya, abrió un ojo y miró.

—¡Ah, qué es lo que he hecho! — gritó con horror, arrojando la pluma.

—¡Ah! — le respondió, como un eco, el diablo.

Las paredes repitieron esta exclamación. El diablo, marchándose, se echó a reír. Y cuanto más se alejaba, más ruidosa se hacía su risa, semejando una serie de truenos...

En ese momento, se procedía ya al entierro del alto dignatario. Los pedazos de tierra húmeda caían pesadamente, con un ruido sonoro, sobre la tapa del ataúd. Podría creerse que el ataúd estaba vacío, que no había dentro nadie: tanto era sonoro aquel ruido.

LEONIDAS ANDREIEV

## Pedro Kropotkin JUSTICIA Y MORALIDAD

(Conclusión)

Para hablar el lenguaje de la metafísica, se puede preguntar: "¿no forma el concepto de la justicia la "categoría" básica, es decir, la capacidad fundamental de nuestro pensar? O para hablar en el idioma de las ciencias naturales: ¿no es la inclinación de nuestro pensamiento a la investigación de la "igualdad de derechos" una consecuencia de nuestro aparato para pensar? En este caso ¿tal vez la consecuencia de la construcción de nuestro cerebro? Yo creo que debe afirmarse que sí.

El hecho de que nuestro pensamiento se realice siempre en una forma, que en las matemáticas es conocida como combinación y que se expresen en sus formas leyes físicas que descubrimos, es una cierta justificación a la explicación propuesta por mí. Se sabe también que antes de adoptar una decisión cualquier

ra tiene lugar en nuestro cerebro una especie de conversación en la que participan el pro y el contra, y algunos fisiólogos ven en ese fenómeno, si no una consecuencia de la doble simetría de la construcción del cerebro, al menos su complicada estabilidad (10). En todo caso es un problema accesorio el que mi hipótesis sobre el concepto fisiológico de la justicia sea justa o no. Lo importante es que la justicia es el concepto básico de la moralidad, puesto que no puede haber moral sin igualdad de derechos, es decir, sin justicia. Y si las opiniones de los sabios que se ocuparon del problema de la ética hasta ahora fueron contradictorias, la causa está en que la mayoría de esos sabios no quiso reconocer que la justicia es el origen de la moralidad. Este reconocimiento equivaldría igualmente al reconocimiento de la igualdad política y social de los derechos de los hombres y en consecuencia debería de-

var el rechazo de la diferencia de clases. Pero justamente a eso es a lo que yo quisiera acomodar a la mayoría de los que se han ocupado de los problemas de la moral.

Comenzando con Platon que mantiene la esclavitud en su plan de una forma ideal de la sociedad, continuando con el apóstol Pablo y terminando en los escritores de los siglos XVIII y XIX, todos — sino directamente defendidos —, al menos no han rechazado la desigualdad, ni siquiera la revolución francesa, que escribió en sus banderas la igualdad y la fraternidad junto a la libertad. Goulin en Inglaterra y Proudhon en Francia, que reconocieron la justicia como punto de partida de toda forma moral de la sociedad, ocupan hasta ahora una posición excepcional. (11).

Pero sin embargo la justicia no representa toda la moralidad. Puesto que sólo significa una igualdad en el intercambio de servicios: recíprocos, no se distingue bajo este aspecto mucho de un comercio. No cabe duda alguna que posee una importancia decisiva en la construcción de la moralidad. Por eso significaría la más profunda transformación de la vida humana si formase la base de la vida social el concepto de la igualdad de derechos. No en vano todos los movimientos populares, que han comenzado en Judea en la época de Julio César y el cristianismo, y terminaron después en la Reforma y finalmente en la gran revolución francesa — aspiraron a la igualdad y a la nivelación de los derechos.

Sin embargo la proclamación de la igualdad de todos los miembros de la sociedad ante la ley aconteció tan sólo a fines del siglo XVIII, en la revolución francesa. Pero aun ahora mismo estamos muy lejos de la materialización de la igualdad en la vida social. Los pueblos civilizados han estado hasta hoy divididos en clases que yacen una sobre otra como extractos geológicos. Recordamos de la esclavitud que dominó en Rusia hasta 1861, y en Norte América hasta 1864. Recordamos de la servidumbre que duró en Inglaterra hasta 1797 en relación a los mineros, y los hijos de la pobreza que se llamaban en Inglaterra *workhouse apprentice* (12) arrancados a los padres por agentes especiales que viajaban por todo el país hasta fines del siglo XVIII, y llevados a Lancashire para hacerlos trabajar en las fábricas de algodón. Pensad por fin en el infame tratamiento que los llamados pueblos civilizados imparten a aquellos que llaman *vases inferiores*.

El primer paso que debiera dar la humanidad en su evolución moral sería pues el reconocimiento de la justicia, es decir, de la igualdad de todas las criaturas humanas.

Sin justicia, la moralidad es lo que fué hasta aquí, es decir, una hipocresía y esa hipocresía protege aquella ambigüedad de que está penetrada la actual moralidad personal.

Pero la sociabilidad y la justicia no forman tampoco el contenido entero de la moralidad. Se compone además de una tercera parte, que por falta de un nombre mejor se puede calificar como disposición para el sacrificio, como magnanimidad.

Los positivistas llaman a eso altruismo, es decir, la capacidad de obrar en beneficio de los demás y en oposición al egoísmo. Con ese calificativo evitan el concepto cristiano del amor al prójimo, y lo eluden porque la palabra "amor al prójimo" no refleja justamente el sentimiento que mueve a los hombres cuando sacrifican sus ventajas directas en beneficio de los demás. Y realmente, el hombre que así obra no piensa en la mayoría de los casos en un sacrificio y no siente ninguna suerte de amor al "prójimo". La mayor parte de las veces, no le conoce absolutamente nada. Pero tampoco la palabra "altruismo", ni "autosacrificio" reflejan perfectamente el carácter de tal acción, pues tales acciones deben calificarse además de "buenas", si lo son, claro está, y son realizadas sin coacción alguna y sin esperar una recompensa en la vida o después de la muerte; no por consideraciones de utilidad personal o social, sino por invencible necesidad interna reciben esos actos el carácter de buenos, y sólo en

tonces pertenecen al dominio de la moralidad y merecen propiamente, en esos casos la calificación de "morales".

Desde los tiempos más remotos se esforzó la sociedad por despertar la inclinación hacia tal aspecto de acciones. Educación, sanciones populares, leyendas, poesías, arte, religión, tenían esta tendencia. En la sociedad humana existió siempre el esfuerzo por hacer de tales acciones un deber, un "deber de honor", y por fomentarlas en todas las formas. Pero desgraciadamente se desmoralizaron los hombres y sus semejantes mediante la promesa de la recompensa por los actos morales. Y tan sólo ahora comienza a surgir el pensamiento de que una sociedad que está construida sobre la justicia y la igualdad de derechos de todos no necesita ninguna suerte de remuneración para la abnegación de los individuos. La palabra "abnegación" comienza poco a poco a recibir un nuevo sentido, pues en la mayoría de los casos el hombre que pone su energía al servicio de la totalidad no pregunta lo que se le ha de dar, en cambio. Obra así y no de otro modo porque está en su naturaleza; porque no puede obrar de otro modo que como aquel mono que fué a defender la mona joven contra los perros y que no oyó jamás ni el imperativo religioso del kantiano ni obró por consideración utilitaria alguna.

El "sentimiento del deber" es seguramente una energía moral. Pero sólo decide cuando se cruzan en nosotros dos temperamentos naturales y nos hacen vacilantes en nuestra acción. Los hombres llamados dotados de capacidad de sacrificio no esperan en la mayoría de los casos el dictado de ese sentimiento.

El pensador francés en extremo simpático y tempranamente muerto, Marc Guryau, fué el primero, según creo, que declaró el verdadero carácter de lo que yo llamo el tercer elemento de la moralidad. Ha comprendido que su esencia no es otra que la de la conciencia humana de la fuerza; el exceso de energía, el exceso de fuerza, que impulsa a exteriorizarse en hechos.

Tenemos, escribió Guryau, más ideas de las que necesitamos para nosotros mismos y estamos por eso obligados a participarlas a los demás, porque no podemos obrar de otro modo.

Poseemos más lágrimas o más alegrías de las que necesitamos, y damos con gusto lo superfluo.

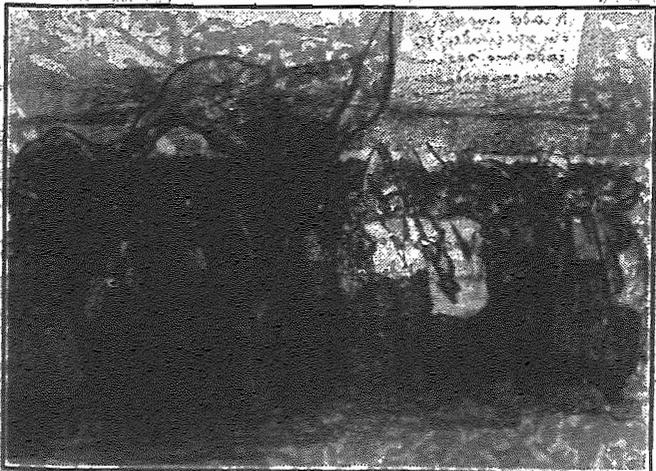
Y finalmente poseemos algunos de nosotros más fuerza de voluntad y más energía de la que es necesaria para la vida personal. Algunas veces, cuando esa voluntad superabundante es dirigida por un espíritu mesquino, crea un conquistador; pero cuando es dirigida y desahogada por un gran espíritu y un gran sentimiento en la dirección de lo social, surge el fundador de una nueva religión o de un nuevo movimiento social que ocasiona la renovación de la sociedad humana.

Pero en todos esos casos nos impulsa la conciencia de la propia fuerza, en primera línea, y la necesidad, a emplearla.

Si ese sentimiento es además aprobado por la razón, no exige ninguna otra sanción el obrar así, ninguna intercepción superior y ningún compromiso externo. Eso se convierte por sí mismo en una obligación, pues en ese momento el hombre no puede obrar de otro modo. La conciencia de su fuerza y de su capacidad para hacer algo que aprueba el control de la razón, en favor de alguno o de todos en general, contiene ya en sí el impulso a la acción. Eso es lo que yo llamo "deber".

Ciertamente, como Guryau, precede con frecuencia en nosotros una lucha antes de que nos decidamos a la acción. El hombre no es así unilateral, fundido de un golpe. Antes bien, cada uno de nosotros se compone de diversas individualidades, de diversos caracteres: si algunas inclinaciones y temperamentos se contraponen en oposición, se destruyen y se destruyen a cada paso. Sólo cuando la vida es insoportable. Todo el mundo sabe que es más agradable que el eterno sufrimiento, las eternas tormentas, que pueden llevar a uno a la muerte. Por eso se decide el hombre por lo uno o por lo otro.

Esos que nuestra conciencia y nuestra razón se sublevan contra, una resolución adoptada, como hombre ideal, bastaría, basta para destruir alguna algún sistema, como el socialismo para justificarla. En hombres fuertes y



Proletarios de todos los países: ¡UNIOS!

hombres sin sufrimiento, ni causa afecto; aunque inconscientemente venían en los casos de vida los motivos profundos, internos. Después se produce la armonía entre la razón y lo que llamamos conciencia y se desarrolla un acuerdo que da la posibilidad de vivir la vida en su contenido entero, la vida intensa, alegre, sana la que padecemos los dolores...

El signo es "sacrificio" en ella, no se siente de ningún modo como víctima. Una planta debe florecer, escribe Guyau, aunque signifique la floración inevitablemente la muerte. Igualmente el hombre que siente en sí un exceso de compasión para los dolores humanos, que tiene la necesidad de una productividad espiritual, de un trabajo creador, — ofrenda libremente sus fuerzas sin tener en cuenta las consecuencias que le resulten para él.

Ordinariamente tal obrar es llamado abnegación, desprendimiento, altruismo. Pero todas esas calificaciones son falsas, porque el hombre que obra así en la mayoría de los casos no habría cambiado los padecimientos físicos y hasta morales que le tuvieran que sufrir mediante ese modo de obrar por una pacífica abstinencia y menos aún por una defectuosa fuerza de voluntad.

Un ejemplo — uno entre muchos.

Cuando estuve en la costa sur de Inglaterra en una pequeña aldea en que se encuentra un establecimiento de la Sociedad para la salvación de los desgraciados en el mar, conversé con los marineros de la Costa guard. Uno de ellos me contó cómo salvaron el año pasado la tripulación de un barco español cargado de mercancías. El barco fue llevado durante una terrible tempestad de nieve a un lugar llano que estaba en las cercanías de nuestra aldea. Las olas gigantes saltaban por encima de él; la tripulación, que consistía en cinco hombres y un muchacho, se ató a los palos de las velas y demandó auxilio. Pero el bote de salvamento no podía partir, porque las olas lo arrojaban a la playa de nieve.

"Estábamos todos en la playa, dijo el relato, y no podíamos emprender nada, hasta que las tres comencé a ahogar; era en febrero, y se oyeron los gritos desesperados del muchacho atado al mástil. Entonces no pudimos contenernos más. Lo que antes habían afirmado que era una locura disponerse a navegar, pues no llegaríamos nunca al mar, comenzaron a gritar los primeros: "¡Quérenos intentar, sin embargo!" Echarnos de nuevo un bote de salvamento, luchamos largo tiempo contra la tempestad, antes de llegar al mar. Las olas volaban desde todas las partes. Dos de los nuestros se ahogaron. El pobre Diego se encoró al borde en las cuerdas y se ahogó ante nuestros ojos, en las olas... Era horriblemente ver. Finalmente vino una fuerte ola y nos arrojó a todos en la playa. A mí se me encontró al día próximo en la nieve, a dos millas de aquí

Dos españoles fueron salvados por un gran bote de salvamento de Dungeness... O acordados de los mineros de Roadatals, que horadaron durante dos días el camino por una galería subterránea destruida para llegar hasta sus camaradas enterrados. Esperaban a cada momento, que serían muertos por una explosión o por un nuevo derrumbamiento. "Las explosiones continuaban, pero nosotros oíamos los golpes de las camaradas; nos daban señal de que vivían aún... y continuamos".

Ese es el contenido de todos los hechos verdaderamente altruistas, de los grandes y de los pequeños. Un hombre a quien se ha inculcado la capacidad de identificarse con su ambiente, un hombre que es consciente de la fuerza de su corazón, de su voluntad, pone libremente su capacidad al servicio de los otros, sin esperar ni en este ni en el otro mundo una recompensa cualquiera. Ante todo posee la capacidad de comprender los sentimientos de los otros, de experimentar. Ese basta. Comparte con los demás dolor y alegría. Les ayuda a soportar los períodos difíciles de su vida. Siente sus fuerzas y emplea generosamente sus capacidades en amar a los otros, en entusiasmarlos, en despertar en ellos la fe en un futuro mejor y en incitarlos a la lucha por ese futuro. Sea cualquiera el destino que le corresponda no lo toma como dolor, sino como, realización de su vida, como una riqueza de la vida que no quisiera cambiar por un vegetal desprovisto de todo deber; prefiere los peligros eventuales a una vida sin lucha ni contenido.

Aun ahora que se propaga el individualismo más brutal por la palabra y el escrito, la ayuda mutua es la parte integrante más esencial de la vida de la humanidad. Y depende de nosotros mismos, no de circunstancias exteriores, el proporcionar cada vez más plaza a la ayuda recíproca, no en forma de beneficencia, sino por el cultivo natural de los instintos sociales existentes en nosotros. Queremos considerar ahora cómo se presenta lo que llamamos deber, desde el punto de vista desarrollado por mí.

Casi todos los que escriben sobre moralidad intentarán relacionarla a un origen cualquiera: a la inspiración de lo alto, a un sentimiento innato o a un provecho racionalmente comprendido, personal o general.

En realidad se constata que la moralidad es un complicado sistema de sentimientos y conceptos que se han desarrollado en el hombre lentamente y que se desarrollan aún. Se deben distinguir en la moralidad, cuando menos, tres elementos constitutivos: 1) el instinto, es decir la costumbre heredada de la sociabilidad; 2) la representación conceptual de la justicia, y, 3) el sentimiento apoyado por la razón, que puede llamarse abnegación, desinterés, desprendimiento, o la más alta satisfacción de las poderosas exigencias de la naturaleza. La misma palabra magnanimidad refleja falsamente el contenido de ese sentimiento, pues la magnanimidad supone un alto aprecio del propio hecho, mientras que el hombre moral rehusa precisamente esa apreciación. En eso consiste precisamente la verdadera fuerza de la moral.

Los hombres tienen tendencia a atribuir sus inclinaciones éticas a revelaciones sobrenaturales; esa tentación la resisten muy pocos pensadores; los demás los utilitaristas, se esforzaron por explicar la moralidad por la representación de lo provechoso desarrollada en el hombre. Así, surgieron dos escuelas contradictorias. Pero aquellos de nosotros que conocen la vida humana y que se han liberado de los prejuicios de la Iglesia, saben lo importante que fué y es todavía para la humanidad la ayuda mutua, lo importante que es un juicio racional sobre la justicia y lo desinteresadas que son las acciones del hombre de firme corazón y firme voluntad.

Hasta en esta época en que se propaga el individualismo más brutal, es decir la regla: "piensa ante todo en tí", la humanidad no podría existir una docena de años sin apoyo mutuo y sin actividades espontáneas al servicio de la comunidad. Desgraciadamente, estos pensamientos sobre la esencia de la moralidad y su evolución no han encontrado con alguna entre los representantes de la ciencia moderna. Huxley, como uno de los mejores darwinistas cuando explica nuevas ideas sobre "la lucha por la existencia" y su significación para la evolución,

abandona a su gran maestro en el problema de la evolución de los conceptos éticos del hombre. Darwin los explicó como un instinto social propio igualmente de los hombres y de los animales. En lugar de dar a la moralidad una explicación natural, este notable naturalista ha preferido asociar las enseñanzas de la naturaleza con los dogmas eclesiásticos.

Herbert Spencer, que ha dedicado su vida a la elaboración de una filosofía racional basada en la teoría de la evolución y que se ha ocupado muchos años de los problemas de la moralidad, no ha seguido igualmente por completo la explicación darwinista del instinto moral. Después del tardío reconocimiento del apoyo mutuo en los animales (tan sólo en junio de 1888 en la revista *Nineteenth Century*) y después de la confesión de que en muchos de ellos existen rudimentos de sentimiento moral, Spencer quedó, sin embargo, discípulo de Hobbes, que niega la existencia de sentimientos morales en los pueblos primitivos, "mientras no haya concertado ningún pacto social" ni se hayan sometido a las reglas de los sabios legisladores inspirados de una manera misteriosa. Y si Spencer cambió algo su punto de vista, en los últimos años de su vida, el hombre primitivo fué siempre para él, como para Huxley, un animal pendenciero que sólo pudo ser amansado mediante las leyes, y finalmente se ha formado un concepto de las relaciones morales con sus semejantes en parte por cálculos egoístas.

Pero la ciencia debió haber abandonado desde hace mucho el gabinete de Fausto, en el cual sólo penetra la luz por turbias ventanas.

Es ya tiempo de que los sabios conozcan la naturaleza, no sólo a través de las empolvadas bibliotecas, sino en las montañas libres y en los valles, a la luz del sol, como han hecho al comienzo del siglo XIX los fundadores de la zoología científica en los desiertos americanos, lo mismo que los fundadores de la verdadera antropología, que convivieron con los pueblos primitivos, no para enseñarles la doctrina cristiana, sino para conocer sus usos y costumbres.

Entonces se convencerán de que la moralidad

no es extraña a la naturaleza. Verán cómo la madre expone su vida en el mundo animal entero por salvar al hijo, cómo los animales gregarios luchan solidariamente contra los enemigos, cómo se reúnen en grandes comunidades para buscar nuevos alimentos; verán en ella cómo reciben los salvajes primitivos de los animales las doctrinas de la moralidad; verán después de dónde procede el que nuestros maestros espirituales estén tan orgullosos y se vanaglorien de ser los representantes de Dios en la tierra. Y en lugar de repetir que la naturaleza es inmoral, comprenderán que, cualesquiera sean los conceptos de lo bueno y de lo malo, no son más que la expresión de lo que nos ha dado primero la naturaleza y después el lento proceso de la evolución.

El supremo ideal a que se han elevado los mejores de nosotros, no es otra cosa que lo que observamos ya en los animales y en las razas primitivas, lo mismo que en los pueblos civilizados de nuestros días, cuando se ofrenda la vida por el prójimo y por la dicha de las futuras generaciones. Sobre este ideal no se elevó hasta aquí nadie y nadie puede elevarse.

Fin.

(10) Añado aquí que, como después supe, el conocido pensador positivista Littré llegó a la misma hipótesis en un artículo sobre la moralidad, publicado en una revista "Philosophie positive".

(11) El libro de Godwin, "Political Justice", dos volúmenes, apareció en 1792-93 (en la segunda edición han sido hechas algunas supresiones por la censura). "De la justice dans la Revolution et dans l'Église" de Proudhon, apareció en 1858-1859.

(12) Así se llamaba a los hijos de aquellos pobres que tras muchos años de lucha infructuosa con la pobreza se veían obligados a ir a los asilos obreros, verdaderas prisiones con trabajos forzados; les eran quitados los hijos y dados a los señores de las fábricas para el trabajo en sus establecimientos.



El oro pesa más que la sangre

